

PILOTE

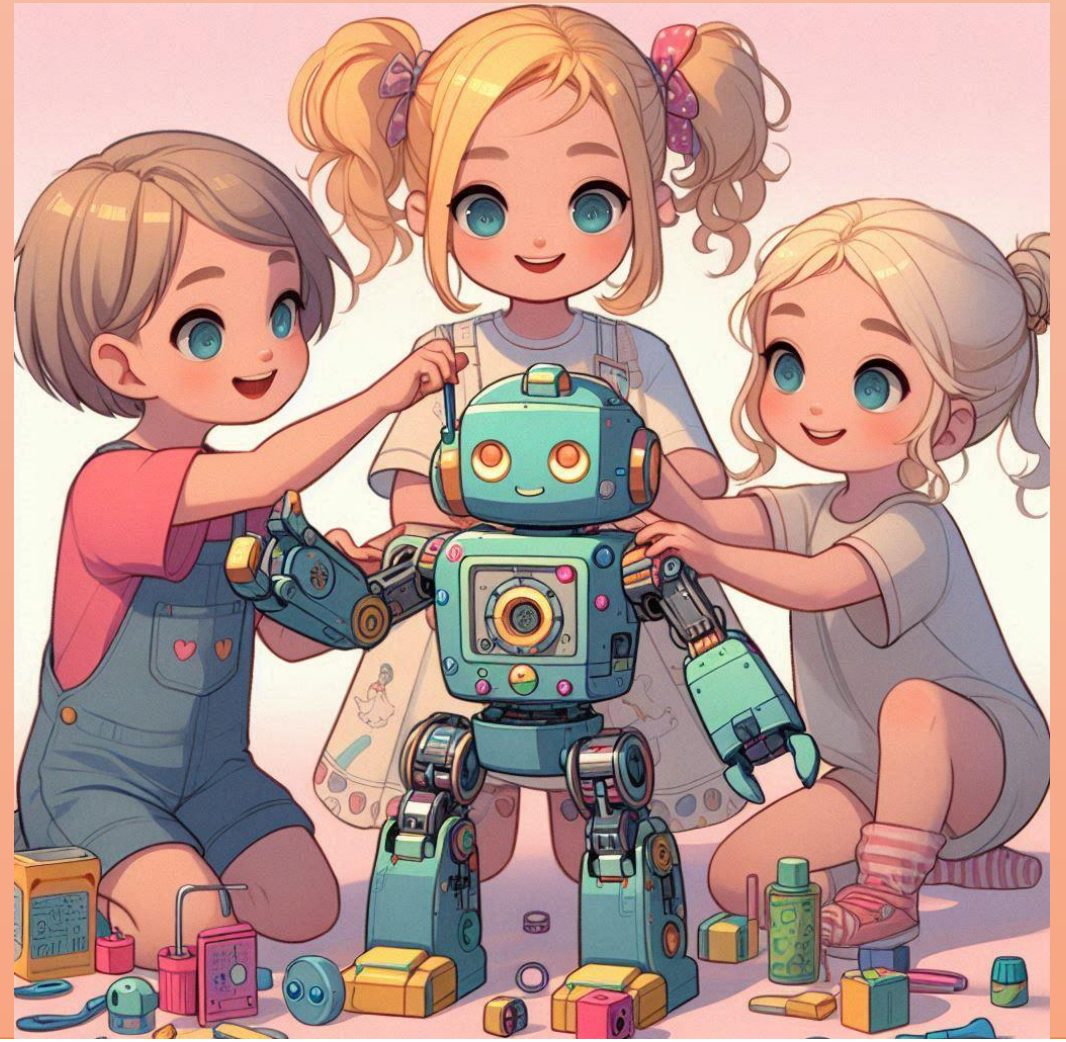
UN CUENTO DEL ABUELO MATEO

Érase un robot que se llamaba Pilote. Hablaba como hablan todos los robots

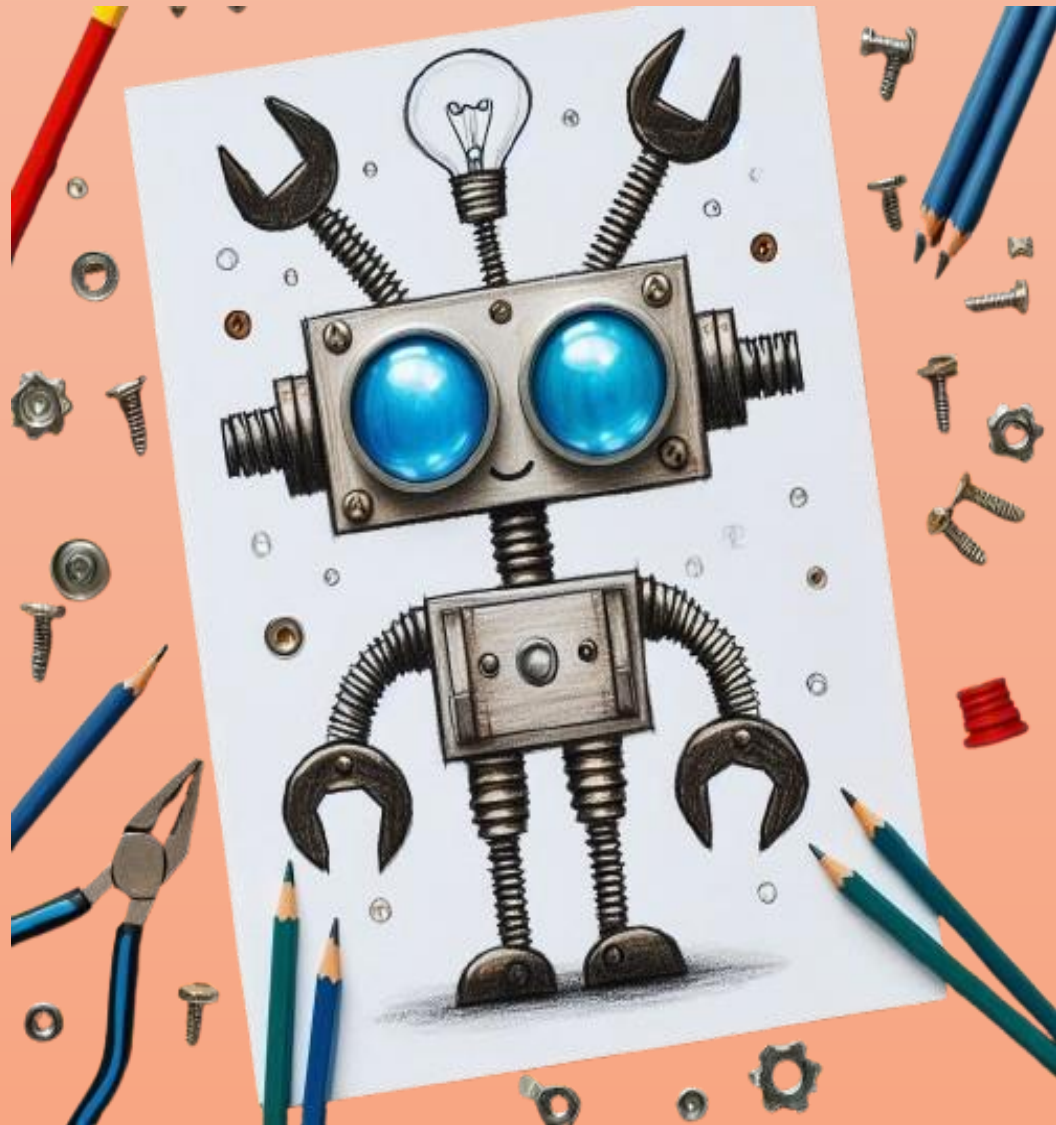


Ho-la – so-y – Pi-lo-Te

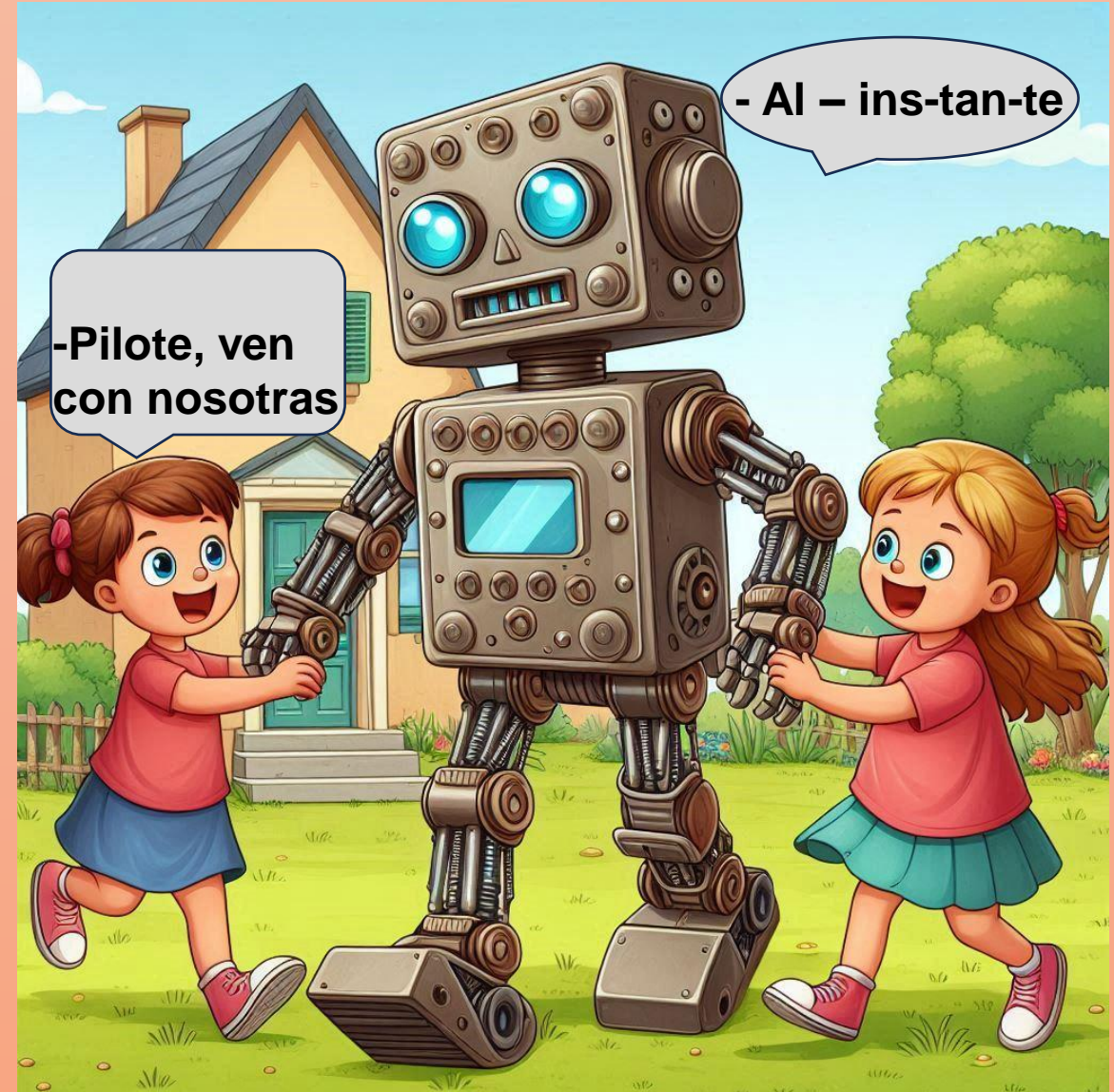
Lo habían fabricado tres niñas que eran primas con piezas y tornillos que el abuelo tenía en casa.



Su cuerpo y su cabeza tenían forma de rectángulo.
Sus ojos eran dos pequeñas bombillas azules y
tenía las manos en forma de pinza.



Pilote se movía por toda la casa con gestos mecánicos,
obedeciendo las órdenes que las niñas le daban.



Cuando se movía hacía un ruido metálico que asustaba a Buba, el perro del abuelo (clic-clac -clic-clac).

-No te asustes Buba -le decían las niñas- Pilote es un robot bueno que nos ayuda con las tareas diarias



Un día las niñas, cuando regresaron del cole, no encontraron a Pilote. Lo estuvieron buscando por toda la casa.

- ¿Abuela has visto a Pilote? - le preguntaron.

La abuela negó con la cabeza y las niñas siguieron buscando. Miraron dentro de los armarios, debajo de las camas, pero Pilote seguía sin aparecer.

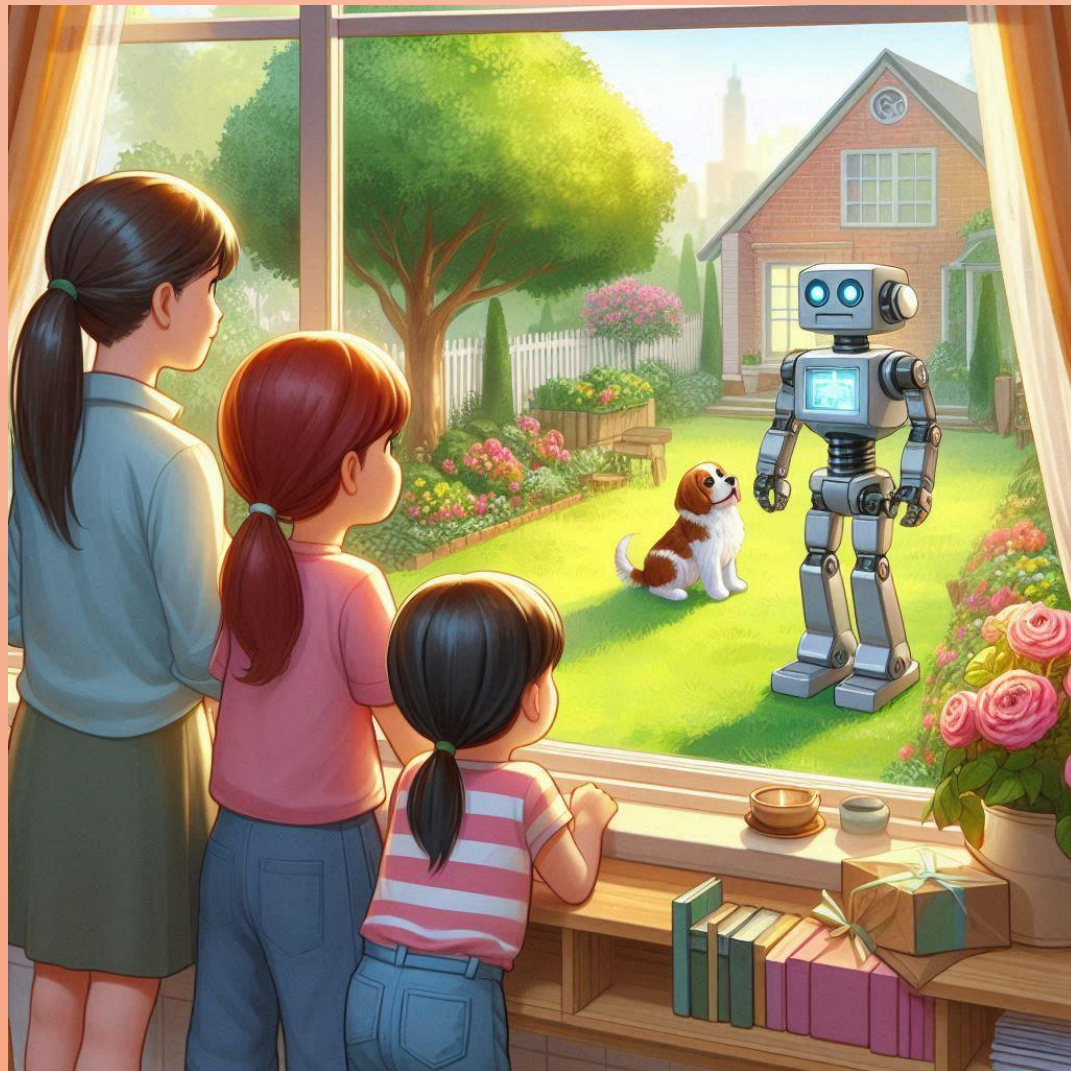


-Qué extraño es esto. Si Pilote siempre está en casa - decían, y siguieron buscando.

Súbitamente, una de las niñas dijo:

- Venid, mirad por la ventana.

Las otras dos corrieron a la ventana y vieron a Pilote en el patio de la casa jugando con Buba entre las plantas del jardín



Las niñas se miraron entre sí, sorprendidas. Pilote nunca había salido solo al jardín. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Y por qué estaba jugando con Buba, si el perro siempre le tenía miedo?



Bajaron corriendo las escaleras y salieron al patio. Pilote giró su cabeza metálica y las miró con sus bombillas azules parpadeando.

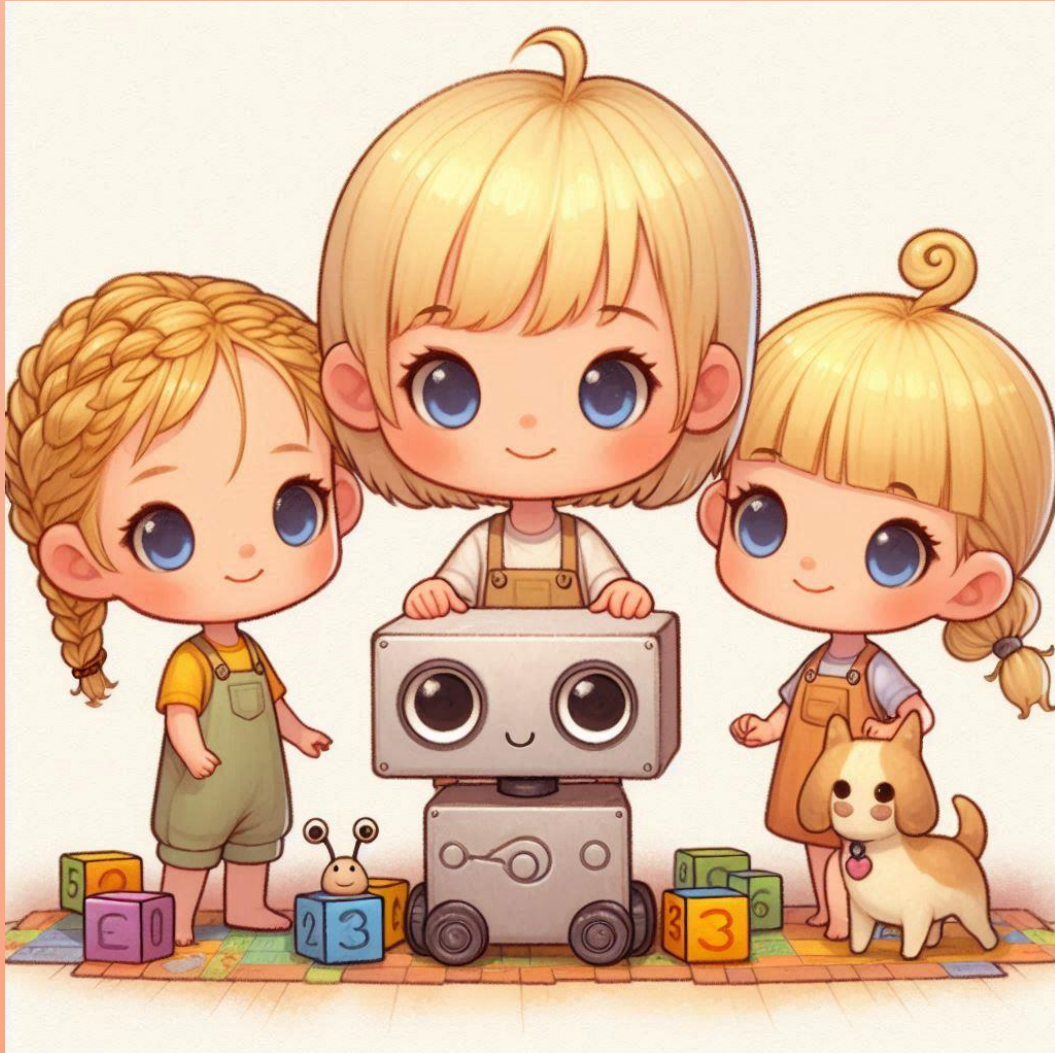


Las niñas se quedaron de piedra. Nunca antes Pilote había tomado una decisión por sí mismo. Siempre hacía exactamente lo que le ordenaban. Se acercaron a él con cautela. Buba, en vez de asustarse, meneaba la cola y ladraba de felicidad.

—Pilote, ¿qué haces aquí? —preguntó la mayor de las primas.



Las niñas intercambiaron miradas. ¿Feliz? ¿Acaso Pilote podía sentir felicidad? Hasta ese momento, solo lo habían visto como un robot que obedecía órdenes. Sin embargo, ahí estaba, corriendo torpemente por el jardín, moviendo sus brazos de pinza de un lado a otro y emitiendo su característico ruido metálico



—Esto es muy raro —dijo la más pequeña.
—Tal vez el abuelo le hizo algún cambio sin decirnos nada —sugirió la mediana.



Decidieron ir a preguntarle. Entraron en la casa y encontraron al abuelo sentado en su sillón, hojeando un libro de inventos antiguos. Al verlas llegar tan alteradas, dejó el libro a un lado y sonrió.

—¿A qué viene tanta prisa, pequeñas inventoras?

—¡Abuelo! ¡Pilote está en el jardín jugando con Buba! ¡Salió solo sin que nadie le dijera nada!



El abuelo frunció el ceño y se levantó lentamente.

—Eso es imposible. Pilote solo hace lo que le ordenan.

Pero cuando miró por la ventana, allí estaba el robot, saltando torpemente junto al perro. El abuelo se ajustó las gafas y murmuró:



Las niñas lo miraron con curiosidad.

—Abuelo, ¿tú le hiciste algo a Pilote?

El anciano negó con la cabeza y caminó hacia el jardín con pasos lentos. Se detuvo frente al robot y le habló con tono serio.

—Pilote, dime, ¿por qué estás jugando con Buba?

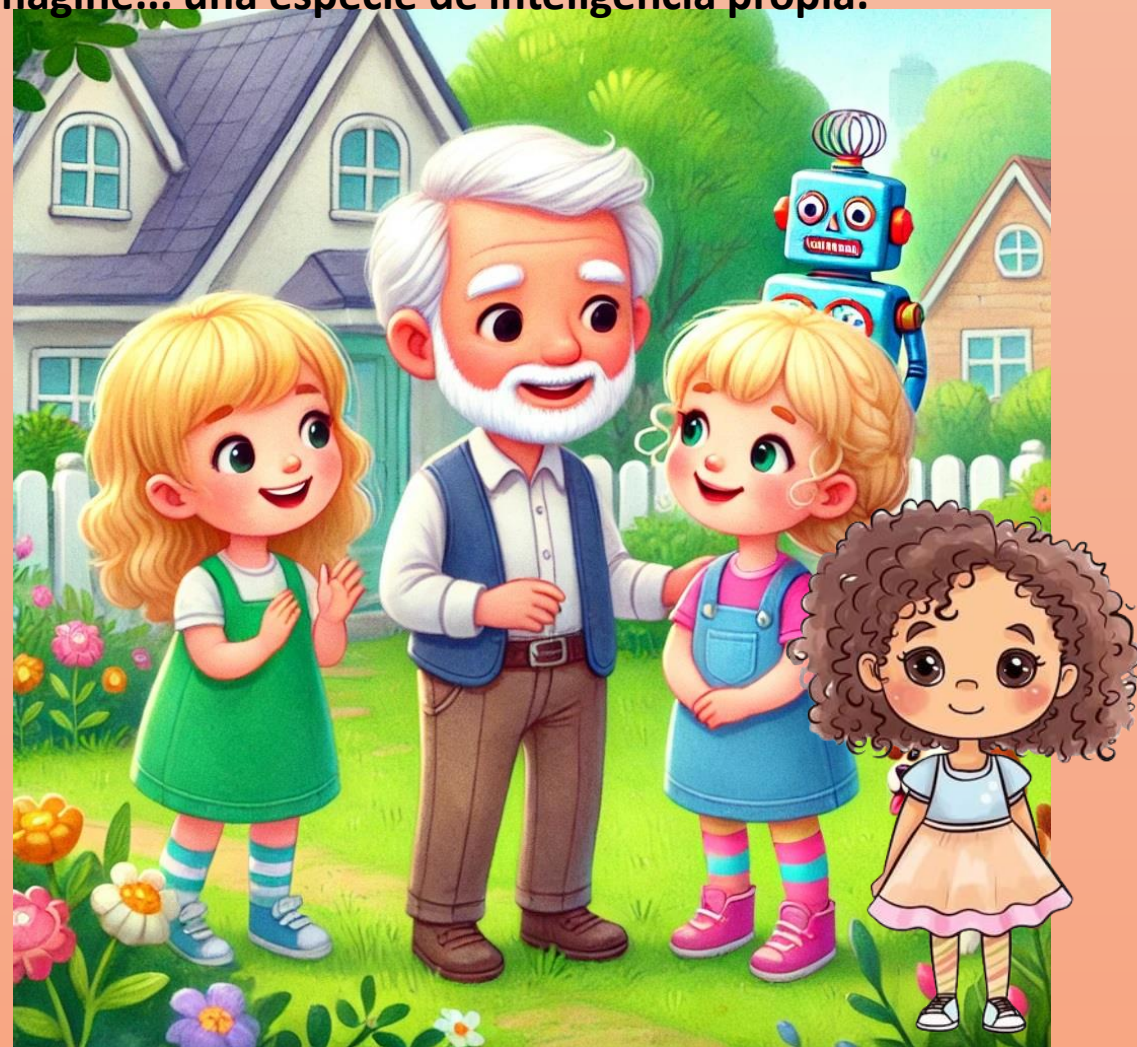
El robot se quedó en silencio un momento. Luego, con su voz mecánica, respondió:

—A-mis-tad. Di-ver-sión.
A-pren-dí.



Las niñas y el abuelo abrieron los ojos de par en par. Pilote... ¿había aprendido solo? ¿Era posible que su programación hubiera evolucionado por sí misma? El abuelo se frotó la barba, pensativo.

—Niñas, creo que Pilote ha desarrollado algo que nunca imaginé... una especie de inteligencia propia.



Las niñas estaban emocionadas y asombradas a la vez.
—¿Quieres decir que Pilote puede aprender como nosotros?
—Parece que sí. Tal vez, al observarlos todos estos días, ha entendido lo que es la amistad. Y ahora quiere experimentar por sí mismo.



Las niñas se miraron con alegría. Pilote no solo era su creación, ahora era su amigo de verdad. Desde aquel día, comenzaron a tratarlo de otra manera. Ya no solo le daban órdenes, sino que también le hacían preguntas, lo incluían en sus juegos y hasta le contaban historias.

Pilote, con su voz entrecortada y su andar mecánico, ya no era solo un robot. Había encontrado su propio lugar en la familia. Y aunque nunca dejó de hacer su sonido metálico al moverse (clic-clac, clic-clac), Buba ya no se asustaba. Ahora, cada vez que lo escuchaba, corría feliz para jugar con su nuevo amigo de lata.

